

JOSÉ LUIS CORRAL

TRAFALGAR



José Luis Corral toma la derrota de Trafalgar como símbolo del inicio de la decadencia de la monarquía borbónica en España, y de la política española en un momento clave, por lo que su novela no se centra únicamente en los antecedentes y el relato de la batalla, sino que se convierte en una panorámica del momento histórico en la que se atiende tanto a aspectos políticos y militares, como a aspectos sociales y culturales.

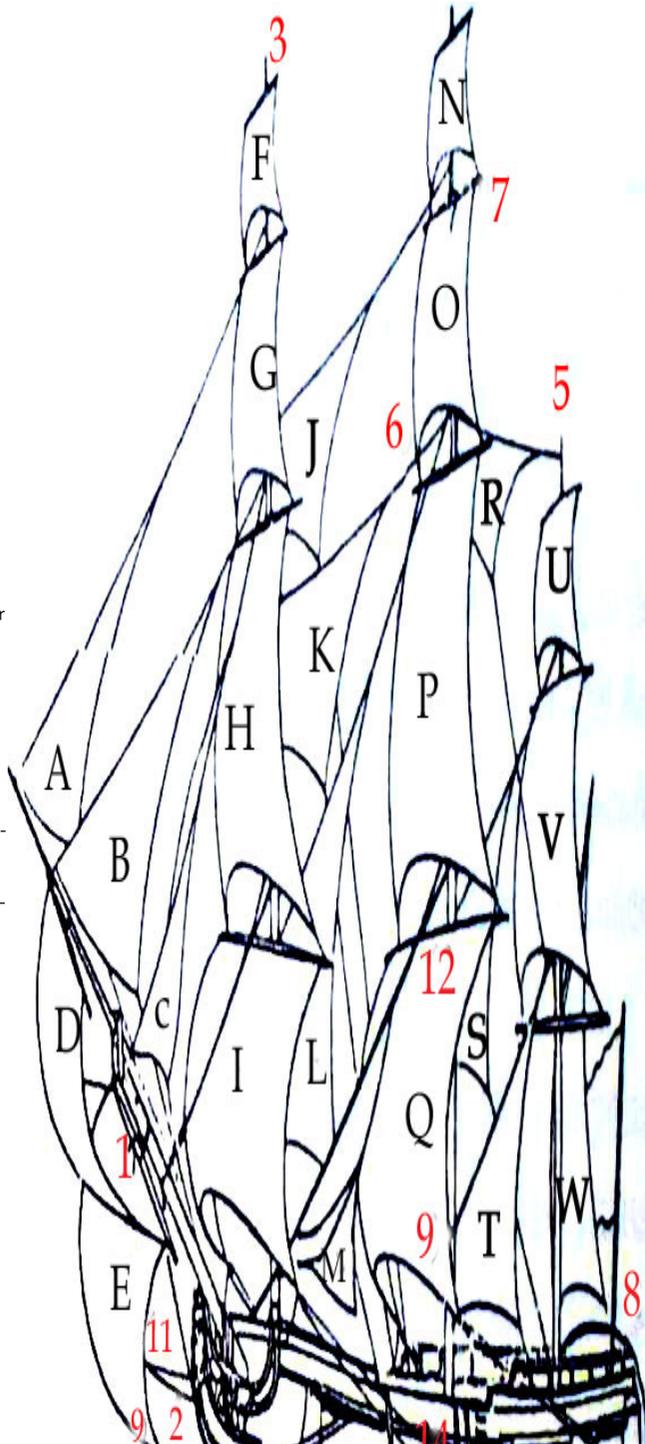
El protagonista de la novela, Francisco de Faria tiene acceso a los entresijos de la corte gracias a su parentesco con Godoy, actúa como observador en la batalla y su amistad con Moratín y Goya le permiten mostrar el momento en el que se encontraban las artes y las letras españolas de principios del siglo XIX. Trafalgar, es mucho más que la batalla, es la descripción de un momento clave en la historia de España, al hilo de la apasionante carrera de un joven guardia de corps.

**Partes de un navío de línea o de una
fragata
de finales del siglo XVIII**

1. Foque
2. Bauprés
3. Palo del trinquete
4. Palo mayor
5. Palo de mesana
6. Mastelero
7. Juanete
8. Popa
9. Escotas
10. Casco
11. Figura
12. Verga
13. Proa
14. Combés y gavia
15. Timón

*

- A. Foque volante
- B. Foque
- C. Contrafoque
- D. Sobrecebadera
- F. Sobrejuanete
- F. Sobrejuanete
- G. Vela de juanete
- H. Vela de velacho
- I. Vela de trinquete
- J. Vela de juanete mayor
- K. Estay mayor
- L. Vela de estay y gavia
- M. Vela de estay mayor
- N. Sobrejuanete mayor
- O. Vela penguito
- P. Gavia
- Q. Vela mayor
- R. Vela penguito
- S. Vela de estay de mastelero de mesana
- T. Estay de mesana
- U. juanete de sobremesana
- V. Sobremesana
- W. Cangreja



Capítulo I

1

Sobre la calle ensoñada flotaba una espesa neblina de etéreo polvo amarillento que los postreros rayos del sol al atardecer tamizaban con matices rojos y anaranjados, como si los difusos edificios se hubieran sumergido entre doradas gasas transparentes.

El joven se detuvo un momento junto a un portal arrumbado y se apoyó cansino en una de las destartalladas jambas. Le dolían los pies y sentía un molesto cosquilleo en las pantorrillas, a las que dio un masaje con cierto alivio. De alguna calle cercana fluían rumores de una seguidilla tal vez bailada al son de una gemidora guitarra. Madrid era poco más que un gran poblachón, con horrible caserío y bastante sucio, aunque Carlos III lo había aseado un tanto. Pese a los esfuerzos de ese rey, muchas fachadas estaban mugrientas, con las puertas y ventanas mal pintadas, las rejas oxidadas y herrumbrosas, con pequeños cristales azulados rotos; el empedrado era pésimo aunque algunas calles tenían aceras, y en eso decían los madrileños que su ciudad era mejor que París.

Atento a las desvaídas casas, sin perder de vista los chirriantes carros que circulaban por la calle y preocupado por no pisar los excrementos de los animales de tiro y la basura, el joven no la vio acercarse, y cuando se giró al sentir inmediata su presencia, la mano delicada de la muchacha ya estaba jugueteando por su entrepierna y los dedos femeninos acariciaban con habilidad sus muslos en una especie de

lento vaivén suave y acompasado. Sorprendido al sentir el primer contacto, había hecho ademán de proteger sus genitales, pero cuando se fijó en la figura de la muchacha y escuchó su voz entrecortada y jadeante optó por dejarla hacer.

La joven lo acarició por encima del pantalón y lo fue empujando suavemente hacia el interior del portal, hasta que ambos quedaron dentro, justo tras la puerta. Allí, excitado y rendido, se dejó llevar por las caricias y los susurros en la cálida penumbra. Una ardiente sensación desconocida lo fue invadiendo de arriba abajo, descendiendo desde su cabeza y cuello al pecho, y luego hasta sus genitales. Sintió cómo su miembro comenzaba a crecer, en una erección irrefrenable, y oyó una voz suave que lo invitaba a cerrar los ojos. Sus párpados cayeron lentamente en tanto su cabeza se erguía y sus labios exhalaban sordos jadeos de placer.

La ardiente mano femenina comenzó entonces a deslizarse con extrema lentitud por el interior de la ropa, y él sintió la proximidad y el contacto carnal de las yemas de los dedos que avanzaban hacia su destino pubiano jugueteando con el vello rizado, entreteniéndose en cada porción de su vientre, retardando el momento de éxtasis.

—Aguarda un instante, y ante todo no abras los ojos — oyó que le ordenaba la voz femenina al oído.

Y eso es lo que él hizo. Notó que le desabrochaba la hebilla del cinturón y que le bajaba los pantalones hasta dejárselos por debajo de las rodillas, justo donde comenzaban sus altas y ajustadas botas de cuero. Un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral como si se la atravesara una dulce aguja de plata. Abrió un momento los ojos, pero sólo pudo ver un delicado y abundante cabello negro sujeto en un moño con un alfiler de oro y dos perlas grises engastadas. La muchacha colocó la mano sobre sus párpados y le obligó a cerrarlos.

—No seas impaciente, te he dicho que no abras los ojos. Levanta los brazos, mantén tus ojos cerrados y respira hondo, hondo, hondo...

Aquella voz era un susurro profundo.

Los brazos levantados, los pantalones por debajo de las rodillas y los párpados cerrados, y el corazón latíendole como el de un caballo desbocado tras varias millas al galope, el calor fluyendo desde su entrepierna hacia su estómago y la sangre palpitando en todas sus venas, hinchadas como las velas de una fragata con fuerte viento de popa.

Durante unos instantes que le parecieron eternos mantuvo esa ridícula posición en espera de que ocurriera algo maravilloso. Por fin, abrió los ojos y miró hacia abajo. Sus pantalones pendían colgados sobre los cordones de sus botas de cuero, y entre sus muslos, justo por debajo de la abertura delantera de la levita, brillaba su pene erecto, casi a punto de reventar de tan hinchado. Bajó los pesados brazos y miró a su alrededor: sólo estaba el patio lúgubre y sucio. La muchacha de las manos cálidas había desaparecido. Por un momento, aquello le pareció un sueño.

Se subió de prisa el pantalón y se ajustó como pudo el cinto. Al abrocharse la hebilla echó en falta la bolsa de cuero donde guardaba sus monedas; buscó apresurado por el suelo y entre sus ropas desbaratadas y se palpó nervioso el cuerpo todavía estremecido. Tampoco estaba el lujoso reloj de oro que su padre le había entregado poco antes de salir de casa y que había guardado celosamente en uno de los bolsillos interiores de la levita. Se aliñó lo mejor que pudo y salió corriendo a la calle, donde ya estaba oscureciendo. Intentó localizar a la muchacha entre la muchedumbre, pero para su desesperación cayó en la cuenta de que no recordaba su rostro. Sólo retenía en su mente el brillo de aquel alfiler dorado con dos perlas grises engastadas que sujetaba una espesa mata de cabello rizado y negro.

Corrió desorientado y confuso calle arriba, entre la bruma amarillenta, y volvió sobre sus pasos para regresar al

portal. Aquella muchacha parecía haberse esfumado entre el polvo y el atardecer.

—¡Me ha robado, esa maldita zorra me ha robado! —exclamó aturdido y avergonzado ante el asombro de la gente que lo miraba extrañada.

El criado de Francisco de Faria había terminado de deshacer el equipaje de su joven señor. El viaje desde sus tierras de Castuera, en Extremadura, a Madrid había sido pesado y largo a causa del calor sofocante que aquellos días de mediados del verano asolaba la meseta castellana.

—¡Maldita mujer, maldita sea mil veces! La bolsa y el reloj, me ha robado la bolsa y el reloj.

—¿Qué ocurre, señor? —le preguntó el criado.

—Una mujer, o tal vez el mismísimo demonio con su forma..., ha sido aquí al lado, en un sucio portal..., me ha sorprendido por detrás, me ha tocado mis partes... y me ha susurrado cosas deliciosas al oído, muy bajito..., y cuando me he dado cuenta de lo que pasaba, ella ya había desaparecido entre la multitud con mi bolsa y mi reloj.

—¿La bolsa dice usted, señor... y el reloj? ¿Cuánto dinero llevaba encima, don Francisco?

—Todo, maldita sea, todo; todo lo que me dio mi padre antes de salir de Castuera. No tenemos ni para pagar una hogaza de pan. ¡Condenado demonio con pechos!

Francisco de Faria, hijo del noble extremeño don Fernando de Faria, tenía diecinueve años. Había salido unos días antes de su casa solariega de Castuera, una aldea cercana a Mérida, camino de la corte de Madrid con tres de los criados de su padre, dos baúles de equipaje, una buena bolsa llena de dinero, un reloj nuevo de oro y una carta de recomendación para presentarse ante su pariente don Manuel Godoy y Álvarez de Faria, príncipe de la Paz y de Basano, duque de Alcudia, generalísimo de los ejércitos y jefe del gobierno de su majestad don Carlos IV, rey de España.

Francisco era el único hijo de don Fernando, conde de Castuera. Su madre había muerto en el momento de su nacimiento, por lo que había sido amamantado por amas de cría. Desde muy pequeño había sentido una gran atracción por la milicia. En su casa de Castuera había devorado varios libros que trataban de las glorias de los heroicos guerreros extremeños que habían conquistado imperios y continentes para el rey de España. Conocía de memoria las biografías de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro y sus hazañas y conquistas al otro lado del mar, y no deseaba otra cosa que emular esas grandes gestas imperiales.

Claro que ahora, a comienzos del siglo XIX, España ya no era aquel gran imperio en expansión de la época de los conquistadores de América, aunque seguía conservando una potencia militar y territorial considerable, sobre todo porque poseía casi intactas las extensas tierras que se conquistaran allende los mares tres siglos atrás, y también porque el recordado rey Carlos III había dejado una marina en buen estado, con excelentes barcos y grandes navegantes, aunque con muchas deudas por pagar.

El niño Francisco de Faria, en los estrellados anocheceres de los plácidos veranos extremeños, había soñado, tumbado de espaldas en la tierra aún caliente, con protagonizar grandes nuevas gestas. Si Hernán Cortés había conquistado el imperio Azteca con la sola ayuda de su inteligencia y audacia y Francisco Pizarro había hecho lo propio con el Inca con tan sólo trece hombres, Francisco de Faria se sentía con fuerza suficiente como para conquistar para España nuevas tierras, bien en la misma América o bien en los mares del sur, o en las islas de las Especies.

Había oído una y otra vez en los círculos ilustrados de Badajoz y Salamanca, durante los tres años en los que acudió a esas ciudades a cursar estudios, que España había quedado ensombrecida por Francia desde hacía al menos un siglo en el continente europeo, y hacía varios decenios que Inglaterra había superado a España como gran poten-

cia naval. El brillo y el poder de España se apagaban como los rescoldos que languidecen en el fogón de la cocina sin que nadie hiciera nada por alimentarlos con nueva leña o por avivarlos con el fuelle.

Desde muy pequeño, Francisco de Faria había recorrido los campos de la hacienda de su padre sintiéndose un nuevo Pizarro. Siempre que jugaba con los niños de su aldea se había erigido en capitán de las tropas, encabezando orgulloso a su cuadrilla, empuñando una espada de madera y cubierto con un casco hecho con la chapa abollada de un viejo farol. Cuando nadie lo veía, se colocaba la cimera de una vieja armadura que decoraba el pasillo principal de la casona familiar y blandía al aire alguna de las espadas que colgaban de la pared como mudas presencias de antiguos hidalgos.

Él quería ser soldado, pero al cumplir los dieciséis años su padre le obligó a ingresar en la antaño prestigiosa Universidad de Salamanca. Era ésta una de las pocas donde el grado de bachiller no se obtenía mediante el pago de una generosa cantidad de dinero, y, entre las veinticuatro que había en España, una de las dos o tres con merecimientos para denominarse tales, pues la mayoría no eran sino escuelas episcopales adscritas a los cabildos de las catedrales donde se expedían títulos universitarios con unos pocos conocimientos de teología y latín y algunas nociones de gramática; la mayoría eran mediocres centros de enseñanza muy alejados de las corrientes culturales europeas y en los que el progreso intelectual estaba cercenado por la censura que imponía el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, garante de la «pureza» mediante una lista de libros prohibidos que incluía a la mayor parte de las grandes obras literarias, científicas y filosóficas.

Pero ni siquiera la de Salamanca estaba al margen de las corruptelas que dominaban las universidades españolas. Debido a la secular relajación de la disciplina, al incumplimiento de las obligaciones docentes, a la frivolidad de los

responsables, al abstencionismo de los profesores e incluso al amaño de los exámenes, don Fernando estimó que aquélla no era la mejor educación para su único hijo, y pronto ordenó a Francisco que regresara a casa. Hasta entonces el conde de Castuera se había mostrado reticente a que su primogénito ingresara en el ejército.

Era uno de esos miembros de la nobleza más rancia, enraizada en su tierra y celosa de sus privilegios, que creía que la milicia era tan sólo para los hidalgos de baja cuna o para los hijos segundones, en tanto que el heredero de un noble hacendado debía dedicar todos sus esfuerzos y toda su educación a aprender cuanto fuera necesario para mantener sus heredades en el seno del linaje. La sangre y la tierra eran lo más importante para don Fernando, así había sido siempre en su familia, desde que alcanzara el grado de nobleza, allá por finales del siglo XV, y así debería seguir siendo. En eso consistía el orgullo familiar, el mismo que obligaba a Fernando de Faria a conservar en el seno de su linaje la herencia de la tierra, pese a que muchas familias nobles eran tan poco prestas a la mejora de sus haciendas que las tenían mal cultivadas, cuando no casi abandonadas; todo negocio que no tuviera que ver con la tierra se despreciaba por inadecuado a la condición nobiliaria.

A principios del siglo XIX ya no se ponían en práctica algunas viejas costumbres como la de dirimir cuestiones de honor mediante el duelo, pero la nobleza extremeña mantenía una extraordinaria rigidez en cuanto a las formas y creía que la mejor manera de no perder su compostura era no mezclarse con el populacho. De modo que los nobles constituían un núcleo tremendamente cerrado, ajeno a la mayoría de la población, incluso en la celebración de fiestas, que solían organizarse para conmemorar acontecimientos relacionados con la monarquía o con motivo de las bodas de sus hijos. Los nobles vivían tan al margen de lo real que parecía como si estuvieran seguros de que las cosas ja-

más cambiarían, de modo que actuaban como si todo fuera a ser eterno.

La experiencia de Salamanca no resultó nada convincente, y al fin don Fernando accedió a que su primogénito ingresara en la Real Escuela Militar de Badajoz, pese a que la profesión militar estaba ya bastante desprestigiada entre las clases nobles porque sólo acudían a ella aquéllos que no alcanzaban el nivel de rentas suficiente para mantener su nivel de vida con el lujo que requería la condición nobiliaria.

Para el hijo de un rico hacendado, y además emparentado con el todopoderoso don Manuel Godoy, no era nada difícil obtener en apenas un año el grado de cadete, y Francisco lo alcanzó gracias a su constancia en el estudio, pero también a las generosas donaciones que su padre prodigó a la Escuela Militar pacense.

—Es hora de que vayas a Madrid —le dijo un día en su casona de Castuera, durante el permiso que a Francisco le concedieron tras su graduación militar como cadete—. Hace unas semanas envié una carta a nuestro pariente Godoy, que es quien ahora manda en España, rogándole que te recibiera en la corte y que te recomendara para continuar tu carrera militar en la capital del reino. Me acaba de contestar pidiéndome que te traslades enseguida a Madrid.

»Le he vuelto a escribir para darle las gracias y le he pedido que te proteja, a la vez que le he ofrecido mis respetos. Aprende de él: hace unos pocos años que llegó a la corte sin más bagaje que su inteligencia y el honor de nuestro linaje, y ya es el primero de los españoles tras su majestad el rey don Carlos IV. Y procura hacer una buena boda, como nuestro pariente, que está casado con una nieta del mismísimo rey Luis XIV de Francia.

Francisco de Faria recibió de su padre una bolsa llena de monedas de oro y plata, un reloj de oro y un ajuar completo que los criados embalaron en dos baúles. Sólo le dio un consejo:

—En Madrid hay tres cosas que pueden acabar con la hacienda de un hombre: el afán de ostentación en el paseo del Prado, los juegos de naipes y las dádivas a ciertas mujeres; guárdate de las tres y todo te irá bien.

El hijo del conde de Castuera salió con tres criados camino de la corte madrileña una cálida mañana del verano de 1804. Él hubiera preferido viajar solo hasta la corte, era una forma de intentar demostrar a su padre que no tenía miedo a ese viaje, pero el camino de Badajoz a Madrid, aunque era más seguro que los que atravesaban Sierra Morena, solía estar recorrido a veces por delincuentes que asaltaban a los viajeros solitarios. Un hombre solo, incluso si iba bien armado, era una presa fácil para los salteadores. Por ello su padre puso a su servicio a tres criados para que lo acompañaran hasta Madrid. Uno de ellos se quedaría con Francisco en la corte, en tanto los otros dos regresarían a Castuera en cuanto lo hubieran dejado a las puertas de la capital del reino.

Habían realizado el trayecto sin más contratiempo que las penalidades provocadas por el intenso calor, y tras cinco días de viaje llegaron a Madrid cansados y polvorientos pero con ganas de contemplar aquella ciudad que ya se había convertido en la más grande de España y de la que todos los que la habían visitado contaban maravillas.

El joven Faria y su criado se instalaron provisionalmente en una fonda aseada y limpia, frecuentada por personas de cierta categoría social, en la calle de la Platería, muy cerca de la plazuela de la Villa, en tanto buscaban una casa apropiada a su condición. El mismo día de su llegada a Madrid, justo después de despedir a los dos criados que lo habían acompañado desde Castuera, Francisco de Faria había dejado al tercer criado deshaciendo el equipaje en la fonda, y tras descansar un poco y comer algo ligero, había decidido dar una vuelta por las calles de los alrededores, impaciente como estaba por contemplar cómo era la ciudad en la que iba a pasar los próximos meses, tal vez años, de su vida.

Y había sido justo en ese primer paseo, apenas llevaba unas pocas horas en Madrid, cuando aquella muchacha del alfiler de oro con perlas grises lo había embaucado con caricias y susurros en el oscuro portal y lo había desvalijado de cuanto de valor portaba encima.

—¡Maldita sea, maldita sea! ¡Todo, se ha llevado todo y me ha dejado un terrible dolor de testículos! Ni un mísero real para comprar algo que llevarnos a la boca —se lamentaba ante su criado.

—Mire, don Francisco —le indicó el criado, echándose mano a la faja de lana que rodeaba su cintura—, su padre me confió esta bolsa con mil reales. Me la entregó poco antes de salir. «Por si surge alguna emergencia», me dijo.

El joven Faria cogió la bolsa, volcó el contenido encima de la cama y extendió las monedas sobre la colcha.

—Bien —suspiró aliviado—, al menos no moriremos de hambre.

—En cuanto a la muchacha que le robó, señor, creo que debería ir usted a poner una denuncia, o si lo prefiere lo haré yo mismo, ya he acabado de ordenar su ropa.

—No, no, una denuncia no serviría de nada. Además, ni me he fijado en como era esa maldita pécora. No sabría decir si era alta o baja ni de qué color tenía los ojos, sólo recuerdo su pelo negro y rizado. Con esa descripción debe de haber miles de mujeres en Madrid.

—Tal vez, pero el dinero es vuestro, y si alguien...

—De acuerdo, de acuerdo, iré mañana a poner esa denuncia. Ahora es tiempo de descansar. Yo no tengo apetito, si tú lo deseas sal a cenar, come algo, estarás hambriento. Yo me voy a dormir, por hoy ya he tenido bastante.

Francisco de Faria se desnudó y se acostó en la cama principal de la habitación, que estaba en una alcoba al fondo de la sala. El criado dormiría en un catre cerca de la puerta. Intentó conciliar el sueño, pero no pudo; una y otra vez acudía a su cabeza aquella muchacha. Intentaba recordar algún rasgo de su rostro que le permitiera identificarla

llegada la ocasión de reconocerla, pero en su mente sólo había lugar para un alfiler dorado con dos perlas grises y unas manos cálidas y suaves que por unos fugaces momentos lo habían transportado muy cerca del paraíso.

—Estamos tras su pista, señor. Ya han denunciado varios viajeros ese tipo de robo y sabemos que es una joven de pelo negro la que los perpetra, pero no hemos podido atraparla. Actúa siempre de la misma manera: engatusa con malas artes a los recién llegados a la ciudad, y en cuanto se descuidan los despluma antes de desaparecer como un fantasma. En los últimos meses ha realizado al menos cuatro atracos —le dijo el jefe de la policía encargada de la vigilancia de las calles de Madrid.

—Hagan lo que sea por atraparla, en esa bolsa había diez mil reales en monedas de oro y plata, además de un reloj de oro con su cadena y una carta para don Manuel Godoy —insistió Francisco de Faria.

—No tenemos una descripción precisa de cómo es; siempre actúa al atardecer, cuando hay poca luz en la calles, y pone sumo cuidado en evitar que sus víctimas le vean el rostro.

Francisco regresó a la fonda y cogió papel, pluma y tintero. Tenía que escribir a su padre y contarle que le habían robado la bolsa y el reloj, y además pedirle más dinero y una nueva carta de presentación ante Godoy, pues aquella joven ladrona también la había sustraído del bolsillo de su chaleco. «Tal vez creyó que se trataba de un billete o de un pagaré», pensó el joven Faria.

Ocho días más tarde llegó una carta de Castuera. Don Fernando recriminaba a su hijo su poco cuidado y le instaba a mantenerse siempre precavido. Junto al pagaré por valor de diez mil sueldos a canjear por efectivo en el banco de San Carlos, venía otra nueva carta de presentación para Godoy. Francisco pagó al correo, pues las cartas se abona-